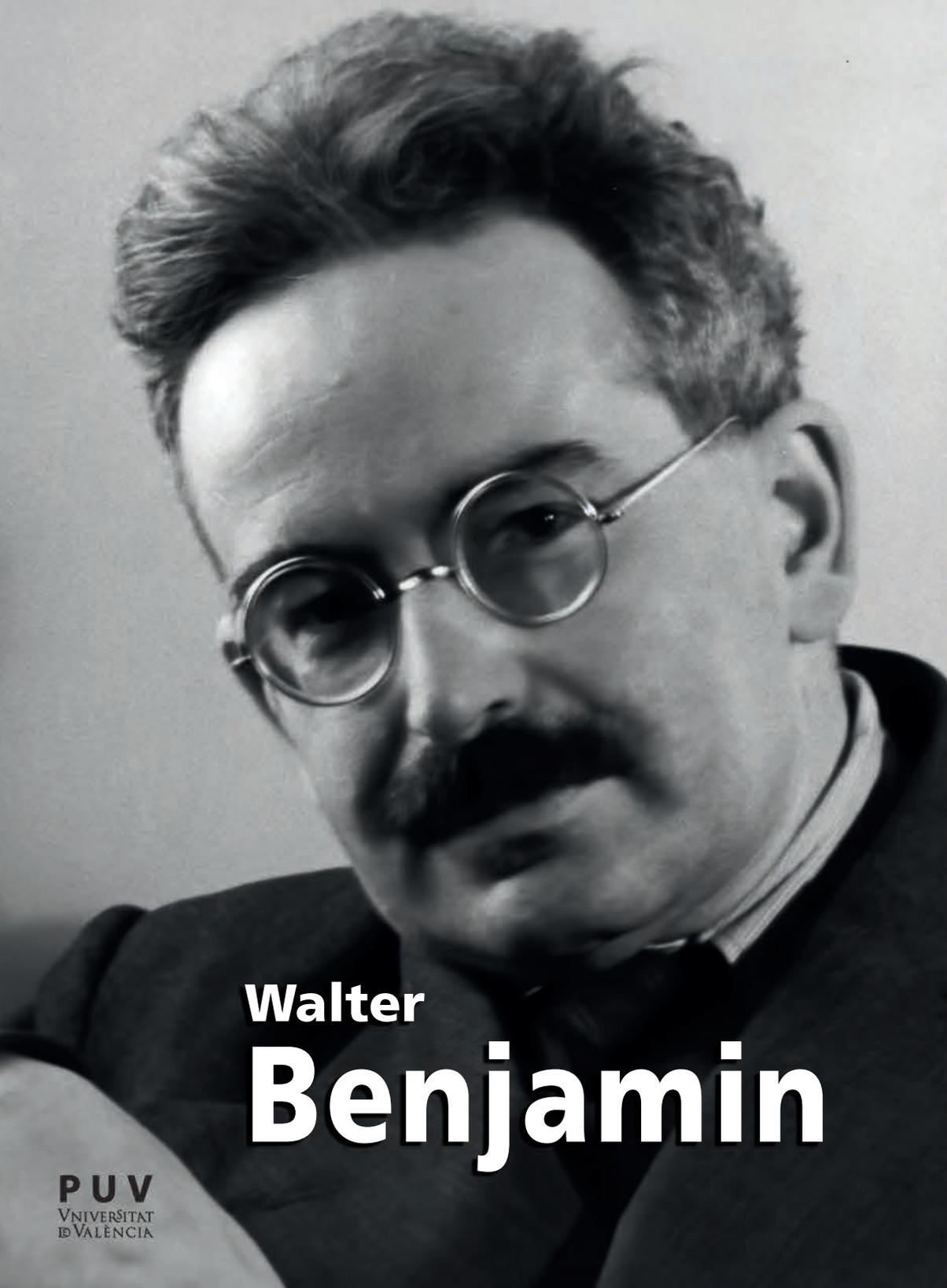


Bruno Tackels



**Walter
Benjamin**

WALTER BENJAMIN

Una vida en los textos

WALTER BENJAMIN

Una vida en los textos

Bruno Tackels

Traducción
Josep Aguado Codes
Inmaculada Miñana Arnao

Universitat de València

*Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, sea fotomecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso de la editorial.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

Título original: *Walter Benjamin. Une vie dans les textes*

© Éditions Actes Sud, 2009

Todos los derechos reservados

Publicado mediante un acuerdo con Éditions Actes Sud

© De la presente edición: Publicacions de la Universitat de València, 2012

© De la traducción: Josep Aguado Codes e Inmaculada Miñana Arnao

© Imagen de la cubierta: Gisèle Freund / IMEC / Fondo MCC

Publicacions de la Universitat de València

<http://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Maquetación: JPM Ediciones

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Impresión: Guada Impresores, SL

ISBN: 978-84-370-8825-9

Depósito legal: V-1050-2012

Índice

A modo de prólogo.....	13
Introducción	19
I. Desfasado. La infancia de Benjamin	31
II. Radical. Los años de estudio. «Empiezo a estar un poco asqueado» ...	49
III. Primer exilio en Suiza. La tentación universitaria	83
IV. De vuelta a Berlín. Refugio para un ángel, la inaccesible autonomía ..	103
V. 1923, Frankfurt. La <i>Habilitación</i> imposible	129
VI. 1924, Capri. El comprometido enamorado. «He encontrado una vivienda maravillosa, venga a verla»	143
VII. 1925, rechazado en la universidad. La humillación redentora	163
VIII. 1926, un hombre liberado. La primera estancia en París	175
IX. La llamada de Moscú. «He topado con una fortaleza casi impenetrable»	183
X. Retorno a Berlín. 1928, Benjamin atrapado por el origen	201
XI. El giro de 1929. «Organizar el pesimismo»	227
XII. 1930, Walter Benjamin cronista de sí mismo	251
XIII. 1931, el año de todas las crisis. «En este momento, creo, la tierra está a la vista»	269
XIV. 1932, primera estancia en Ibiza. El exilio interior. «Hay una misteriosa condición de triunfo»	297
XV. 1933, el cambio. El exilio obligatorio	309
XVI. El invierno de 1933-1934. El magnetismo de París	335

XVII. Verano de 1934, el exilio en el norte. Diálogo con Brecht	345
XVIII. 1935, San Remo o el inimaginable aislamiento. «La bruma ensangrentada de la época»	355
XIX. La obra de arte ante el tribunal de la amistad	383
XX. 1936, «En la tormenta de los años»	397
XXI. Los años de Baudelaire. «Al abrigo del declive del mundo»	415
XXII. 1939, el descenso. «Cada día más amenazante»	463
XXIII. <i>El libro de los pasajes</i> . Un proyecto en estado de ruina. Una ruina en estado de proyecto	487
XXIV. 1940, la caída. «Me mantengo tranquilo»	501
XXV. Muerte de Benjamin, un mito absoluto	517
XXVI. A modo de postdata.....	521
Anexos. Algunas notas de lectura	529
1. El ensayo sobre Hölderlin	531
2. El ensayo sobre el lenguaje	535
3. El ensayo sobre la traducción	545
4. El ensayo sobre Goethe	549
5. El ensayo sobre el drama barroco alemán	557
6. El ensayo sobre Karl Kraus	569
7. El ensayo sobre Kafka	577
8. El ensayo sobre la obra de arte	587
9. El ensayo sobre Baudelaire	625
10. El ensayo sobre los pasajes	635
Bibliografía	641
Índice onomástico	653

Para Philippe Lacoue-Labarthe,
a quien le debo tanto
(es decir, a Walter Benjamin, ni más ni menos)

Y para Didier Gabilly, que me lo hizo ver.

«Llegan de la noche más negra, la noche veneciana, si se quiere, iluminada por algunos pobres farolillos de esperanza, un brillo de fiesta en el fondo de sus ojos, despavoridos y tristes, hacen llorar por lo que lloran, la prosa... Llegan de la locura, y de ningún otro lado. Son personas que han superado la locura, por esta razón, muestran una superficialidad desgarradora, inhumana e imperturbable. Para decir en una palabra lo que tienen de encantador y de inquietante, podemos decir que están curados.»

WALTER BENJAMIN

NOTA DE LOS TRADUCTORES:

El autor de este libro, Bruno Tackels, cita profusamente los escritos de Walter Benjamin, no a partir de los originales en alemán sino de sus traducciones francesas. El uso que hace de estas citas es muy libre: en ocasiones las modifica (tal como él mismo señala en algunas notas) y con mucha frecuencia las fragmenta para insertarlas en su propio texto. Esta circunstancia dificulta notablemente recurrir a las traducciones españolas: hacer que éstas encajen en el texto de Tackels obligaría a alterar de manera importante tanto su estructura, como su sintaxis y léxico. Por este motivo hemos optado por mantener las citas de las obras de Benjamin en francés traduciéndolas nosotros mismos al castellano.

A modo de prólogo

11 de septiembre de 2008

Querido señor Benjamin:

Hace veinte años que leo sus textos y trato de comprenderlos. Un travesía en profundidad, paciente y titubeante que a su vez me ha dado la fuerza necesaria para poder escribir y contribuir, modestamente, a la transmisión de su obra. Este es el tercer libro que he arrancado a mi propia ignorancia, siempre con la misma necesidad: contribuir a la supervivencia de su pensamiento, confrontado a nuestro mundo de ahora. Pues su trabajo nunca habrá estado tan vivo como en estos inicios del siglo XXI. Hace setenta años resultaba inaudible, pero la hora de su despertar está a punto de sonar. Siempre y cuando este tiempo quiera escucharlo. Y es que hace ya mucho tiempo que debería haber cogido mi pluma y escribirle sobre algunas noticias de aquí, aunque yo no tenga la pretensión de enseñarle nada de este mundo, inmerso en esta catástrofe continua que usted tan claramente vio venir antes que nadie. Hoy, resulta difícil no percibir lo que usted constató, desde la más alta soledad: los escombros se añaden a los escombros, y no hay nada que pueda despejar el horizonte, atestado por las alas del ángel, que es arrastrado por el mal viento del progreso.

No tengo nada que enseñarle, en cambio he aprendido mucho de usted, durante estos años en que he recorrido su obra, como un estudiante talmúdico, completamente entregado al *estudio* del libro. Pero hace tres años que me dedico a otro tipo de estudio completamente inesperado para mí: el estudio de su vida, la narración de su existencia, que abarca también a sus textos y sus ensayos. Pues ahí radica la intuición que ha hecho que me atreva a acometer esta 'biografía de Walter Benjamin' (un acto terrible, impío, hecho sobre quien ha prohibido cualquier referencia a la biografía para comprender la obra de su autor, tal como usted hizo, el primero, al comentar tan magistralmente *Las afinidades electivas* de Goethe, y más tarde ridiculizando sin reparos al biógrafo de Kafka). He osado desafiar su propia prohibición porque tengo la intuición (cada vez más confirmada) de que su vida, usted la ha *cifrado*, la ha escrito por debajo de su obra de escritor. Como si cada línea que usted escribiera sólo exis-

tiera para preservar (y enmascarar) su propia biografía.

Me siento responsable, sí, responsable, es decir, siento que tengo el deber de contestarle, de enviarle algún eco, algunos signos o imágenes (aunque sé muy bien que usted no se fía mucho de ellos -y tiene toda la razón, seguramente, de desconfiar de cualquier emisor de signos), de decirle hasta qué punto lo que usted vivió, presintió, diagnosticó, analizó, anticipó, retransmitió, preparó, ha sido *dramáticamente* confirmado. Dramáticamente, ya que un anuncio inmediato de tal confirmación fue la crónica de su muerte. Pero no me apetece llorarle, no tengo ganas de caer en ese fácil ejercicio del lamento: señalar cuánto sufrió, resaltar hasta qué punto usted fue el frágil juguete de un implacable destino. La frase suena bien, es bonita, muy literaria, pero no me apetece responderle con estas palabras, prefiero ofrecerle otro tipo de sepultura literaria.

Ya que mi deseo es otro, menos ceremonioso, aunque seguramente más presuntuoso, y al mismo tiempo en concordancia con lo que creo haber leído en sus palabras: me apetece hablarle, ni más, ni menos. Y creo que tal deseo es justo, le corresponde, infinitamente, e incluso le ayuda a decir exactamente lo que usted comenzó a ser, antes de interrumpirse. De prisa. Demasiado de prisa. Y tengo ganas de decirle hasta qué punto he quedado horrorizado al leer algunas de las cartas que le han dirigido gente que afirma que son sus 'amigos', hasta la muerte. Lo dicen, lo escriben, pero ello no les impide apuñalarle a la primera ocasión que se presenta. Me he sentido obligado a mencionarlo, a decir lo que ha pasado. Mi trabajo de biógrafo me ha hecho muy competente en el terreno de la *investigación policial* -sí, decididamente, he visto mucha de esa gente que borra sus huellas, pero no en el sentido de la consigna brechtiana: 'Borra tus huellas'. Después de su muerte, un torrente de homenajes se ha vertido sobre su obra póstuma, y muchas de sus ideas, denostadas cuando usted aún estaba vivo, han sido utilizadas, es decir, robadas, sin citarle... Pero no deja de ser cierto que las huellas auténticas seguirán siendo huellas, *pues no se borrarán*. Los documentos hablan, efectivamente, para quien quiera leerlos, y a menudo son abrumadores. Y usted sabe bien, señor Benjamin, hasta qué punto sus amigos no han estado a su altura, sí, decididamente, no han estado a la altura de lo que usted ha impulsado, con tanta fuerza, tan generosamente. Ello le ha herido secretamente, y esto también se puede leer, si quiere leerse.

Pues incluso los más perspicaces de sus lectores se han equivocado. No han sabido *ver*, ni si quiera los más 'fieles', los más agudos, como Brecht o Adorno, sus clarividentes custodios, siempre atentos, sí, los hombres de confianza a quienes usted dio todo su amor, lanzándose con toda el alma a la confusión de una época que, decididamente, no supo cómo comportarse -y que con usted se comportó, hay que reconocerlo, de la manera más trágica (o patética, según) de todas las posibles. Negándose a reconocer la increíble novedad que usted le traía, han preferido no leerle, no escucharle. Y aún peor: algunos han hecho todo lo

posible por laminar, yugular, sofocar lo que usted inició. Me avergüenzo, señor Benjamin, me avergüenzo de ellos, cuando los leo, tanto a unos como a otros, encerrados en sus minúsculas y vanas certezas, en las que reconozco claramente, de entrada, hasta qué punto les imposibilitan, les incapacitan para ver nada (es extraño en un intelectual, ¿no?).

Cuando se leen los comentarios de los que aparentemente tenían la tarea de *leerle*, uno se siente demasiado a menudo consternado por el trabajo que han hecho o que, más bien, no han hecho. ¿Qué podemos pensar de esos intelectuales que se suponía que le seguían, que le acompañaban? Al leerlos, uno queda paralizado, horrorizado de ver lo que no han visto, no han visto *nada* de lo que *usted*, clarividente, puro clarividente entre los clarividentes, vio y dijo, alto y claro, más claro de lo que nunca antes se haya dicho nada. No habrá nada que pueda liquidar lo que sucedió en esos diez años de «tiempos sombríos». En su descargo se puede decir, se *debe* decir, que los tiempos no favorecían la inteligencia, que todo estaba dispuesto para sacar de cada ser lo peor de sí mismo. Y sin embargo, usted no se dejó ir en esa deriva patética: usted se sabía anormalmente dependiente, esposado a seres que al fin y al cabo eran más bien mediocres comparados con su potencia de invención literaria -hay que decirlo, hay que denunciar esta situación que lo ha camuflado, peligrosamente, entre hombres y mujeres que, claramente, no le han hecho ningún bien.

He escrito este libro para relatar su vida, sin concesiones, para exponer su historia mostrando hasta qué punto ha sido arruinada. *Contar su historia porque ésta es la alegoría absoluta del destino del intelectual en la época del capitalismo postfascista*. Usted ha sido una de las víctimas más emblemáticas del nacional-socialismo: un mártir convertido en héroe (bastante alejado del fondo de la imagen del vencido tal como usted la pensó en su último texto, «Sobre el concepto de historia»). Usted se vio devorado por esta vertiginosa maquinaria de la historia, aspirado por una lógica mortífera que nada parecía poder yugular. Pero también debo hacerle una confesión: después de leerle durante veintidós años, ahora que hace tres años que «escribo su vida en sus textos» (soy incapaz de decir: «escribo su biografía»), no llego a comprender cómo pudo usted entrar en esta espiral infernal. No he podido entender cómo se dejó arrastrar a tales dependencias mortales. Y aún lo entiendo menos cuando todo en usted respira libertad, esa llamada a la apertura que nada parece poder contradecir. Así pues, me siento bastante estupefacto al ver cómo esta celada diabólica ha podido funcionar. Soy consciente de que estas preguntas son delicadas, y difíciles de hacer. Con todo, después de frecuentar durante tantos años sus escritos, me siento autorizado a exponérselas. Para mí es *absolutamente necesario* planteárselas en esta carta que más tarde le llegará. Sé que usted es demasiado consciente de todo para no haberse planteado ya estas preguntas que hoy aplazamos púdicamente al considerar que no son políticamente correctas.

Sin embargo, estas preguntas son cruciales para nuestra generación, la de

«los hijos de los hijos de 1968», precisamente porque, sin haber vivido un drama mundial, también a nosotros nos han hecho caer, nos han vencido, enterrado, anulado con el peligro del regreso de algo que nosotros no vimos llegar. Su experiencia es para nosotros infinitamente valiosa. Me gustaría comprender, aún mejor, lo que usted vivió, en sus años de descenso a los infiernos. En el fondo, he escrito estos tres libros sobre usted para aprehender lo que sucedió en la mente de un hombre que desciende a los infiernos, y lo sabe, y lo escribe. No recibiré nunca una respuesta, no sabré nunca -en todo caso, no enseguida-, si estoy sobre sus huellas, exactamente fiel, demasiado fiel, o no lo suficiente, con empatía, peligrosamente, hasta el hechizo, o no lo suficiente. No lo sabré, pero en el fondo éste es, de manera muy exacta, el espíritu con el que le escribo -el espíritu de una botella lanzada al mar.

Ha sido un escenógrafo alemán, del Berlín oriental, quien me ha sugerido esta idea, esta necesidad de escribirle. Usted no pudo conocerle, nació al morir usted. En cambio, su padre, Wolfgang, está relacionado con su historia, quizá usted viese sus espectáculos en Berlín antes del exilio. La familia Langhoff es una especie de dinastía teatral, una familia Bouglione como no existe otra, en la que cada generación se sumerge en el teatro y lo reinventa: fueron ellos los que acogieron a Bertolt Brecht cuando regresó del exilio, antes de que encontrara la protección del Berliner Ensemble. Junto con Manfred Karge, su hijo Matthias Langhoff fue uno de los últimos asistentes de Brecht, con un talento increíble, acogido por «la Weigel». Y seguramente, desde hace más treinta años se encuentra entre los más geniales de sus continuadores, de sus atacantes, de sus detractores, de sus transformadores. El teatro europeo se halla profundamente influido por las fulgurantes visiones de Langhoff: sabe hacernos ver sobre el escenario lo que nadie, de nuestro entorno, es capaz de ver. Un verdadero, un furioso, un radical materialista como usted tuvo la audacia de ser, a su manera, y con sus armas. Me atrevo a imaginar que su trabajo habría provocado que a usted le entraran ganas de escribir. Ha sido él, Matthias Langhoff, quien me ha propuesto que le escriba. Una de esas ideas magníficas que no se dan a menudo, que me confió el año pasado estando ambos en el último rincón de Chile -una metáfora que, evidentemente, nos lleva lejos.

Trabajando en la escritura de su «vida», sé también que debo escribirle, sin postergarlo más, esta carta que *nunca* recibirá, sin callar nada, para que usted, el *ángel nuevo*, sepa lo que ahora está en juego. El pensamiento ya no tiene integridad, se puede manipular, como un producto que se compra y que uno puede utilizar según le plazca. El movimiento de la escritura ha perdido todo valor cultural. Necesitaremos mucho coraje para no *dejar pasar* lo inaceptable que nos impide ser hombres. Me acuerdo de ese momento increíble que usted mismo ya no dejó pasar. Cuando Klaus Mann le proponía la irrisoria suma de 150 francos por su larga reseña de *La ópera de los cuatro cuartos* de Brecht, usted le pidió, con toda legitimidad, el doble. Pero la última palabra la tenía él, pues

él, le *poseía* en toda la extensión del término: cuando ya estaba en la imprenta, le devolvió su manuscrito si mediar palabra. Me he acordado de este desaire que no ha sido vengado. De manera muy inconsciente, estaba naciendo este deseo de dar la voz al vencido. Una pequeña reparación. Este deseo, esta fuerza, nunca podrán quitárnosla. Esta idea me ha salvado, me ha dado la vitalidad para *llegar al final de su vida....*

Bruno Tackels

Introducción

«Siendo así, no tengo nada contra los metafísicos, ellos son los verdaderos trovadores de la razón salvaje»

WALTER BENJAMIN

«Este hombre no había aprendido a nadar ni a favor ni en contra de la corriente»

HANNAH ARENDT

El libro que tiene en las manos es un ensayo biográfico. No es exactamente un ensayo, ni tampoco una auténtica biografía, este texto responde al deseo de formular el pensamiento de Walter Benjamin, tan denso, a menudo incomprendible, exigente hasta el punto de provocar vértigo a quien a ello se aventura. Se tratará pues de un intento de nombrar su pensamiento dejándose guiar por el movimiento de su vida. Sin embargo, no se trata de una «biografía» en sentido literal, precisamente porque el pensamiento de Benjamin afirma en todo momento (y es uno de los primeros que lo hizo de una manera tan rotunda en el siglo veinte) que la vida no aporta nada a la explicación de la obra. Con todo, Benjamin tuvo una vida que no dejó de traducir de manera permanente en pensamiento. Así pues, partimos de una inversión estricta del dispositivo convencional: no nos centramos en la vida para explicar la obra, sino los textos de una obra que no deja de transcribir, de transfigurar la vida de este hombre que la dedicó completamente al acto de escribir. Hacemos la constatación, al fin y al cabo bastante lógica, pero que se opone a cualquier tipo de «biografismo»: todo lo que Walter Benjamin escribió, lo escribió a partir de su propia vida. Así pues, sus textos intentan la escritura de una vida, y nos invitan de este modo, al leerlos, a comprender mejor su enigmática fuerza.

La vida de Walter Benjamin es un puro enigma. Atrevámonos a expresarlo así: una ecuación monstruosa. Aunque está considerado como uno de los filósofos más importantes del siglo xx, su existencia es absolutamente desastrosa, una

continua y larga catástrofe a la que él mismo pone fin en septiembre de 1940, en la frontera española, cuando intenta desesperadamente huir del fascismo que se expandía en Europa. Pocos seres en la historia de este siglo han experimentado la paradoja de estar dotados de un talento fuera de lo común que provoque sin embargo una tal serie de fracasos, de trabas, de repudios y de desgracias de todo tipo. El destino de este hombre excepcional se dirige completamente hacia una pendiente vertiginosa que lo lleva al abismo. A pesar de una energía vital desbordante, en ningún momento conseguirá escapar realmente de esta *conducta de fracaso*, que ha sufrido en tanto que la ha suscitado, en una mezcla explosiva de valentía absoluta y de autodestrucción.

Desde su infancia, el pequeño Walter es un ser completamente fuera de lugar, y muy mal adaptado al mundo que le rodea. Proveniente de la alta burguesía, se muestra incapaz desde el principio de asumir por sí mismo su herencia intelectual y material. La agudeza de su espíritu hace que inmediatamente se muestre reacio a esa lógica de su ambiente que impone disciplina y obediencia ciega a los niños. Rechaza con energía el sistema autoritario de la escuela wilhelminiana, de tal manera que sus padres lo envían a una escuela experimental, donde conoce una nueva pedagogía que le enseña el gusto por la invención y la libertad. Nacido en una familia de comerciantes, Walter Benjamin se mostrará muy pronto fascinado por el mundo de las letras, el universo de los cuentos y de la poesía. Mientras que su padre durante un tiempo hizo negocio con obras de arte, él pasara su vida estudiándolas y coleccionándolas con amor.

Durante toda su vida permanecerá fiel a esta posición de contra pié. Cuando la Alemania de su tiempo siente pasión por el poeta Stefan George, él mantendrá una oposición frontal ante esta figura literaria, considerando que desprecia la exigencia intelectual que él siempre se ha exigido a sí mismo, y que espera en los demás. Se puede hablar de intransigencia, pero ésta es siempre fundamentada y argumentada, forzando así el respeto de sus interlocutores. Pues en ello consiste la paradoja de Benjamin: desde la precariedad y el aislamiento, consigue siempre imponer su pensamiento, que brillará con fuerza junto a los más grandes espíritus de su tiempo: Hugo von Hofmannsthal, Bertolt Brecht, Ernst Bloch, Theodor Wiesengrund Adorno, Gershom Scholem y otros más.

Estudiante brillante en la universidad (recorrerá toda Alemania, de Berlín a Múnich, pasando por Friburgo, Frankfurt o Suiza), redactó un tesis que no pudo ser leída ni comprendida por sus maestros y profesores. Por haberles hecho sufrir tal afrenta, lo excluirán para siempre de los círculos académicos. Llevado por tal radicalidad, su pensamiento escapa completamente a los esquemas filosóficos dominantes: kantismo, positivismo, formalismo lógico, historicismo, fenomenología –igual que de muchos dogmas de los que sólo se ocupa para, uno tras otro, hacer su crítica. «Hombre de letras» de una sola pieza, libre e independiente, no podrá contar con las redes de solidaridad intelectuales, editoriales y periodísticas. A ello hay que añadir que, fuera de los círculos

universitarios, la agudeza de su pensamiento no es bien comprendida por los lectores de su tiempo. Mientras que este pensamiento a menudo le permite ver la realidad con una anticipación de cien años, con frecuencia es juzgado con severidad —oscuro, fuera de lugar, anticuado, se le acusa de llevar cincuenta años de retraso—, y con ello se evita que afrontar su potencia intempestiva.

Otro elemento decisivo en este recorrido caótico: Benjamin es judío, en un siglo que alcanzará récords en materia de antisemitismo, hasta el punto de programar la pura y simple destrucción del pueblo judío. Muy pronto su vida social se verá afectada por ello, mucho antes de que Hitler llegue al poder. Sin duda ésta es la explicación de la presencia en su vida de una llamada continua al viaje, una manera de anticipar y de preparar la partida obligatoria y definitiva. Gershom Scholem, su mejor amigo, fiel hasta las últimas consecuencias, comprendió bien el peligro que se cernía sobre Alemania y optó por embarcarse en la utopía palestina. En cambio, Benjamin nunca conseguirá cruzar el Mediterráneo, ni siquiera durante un breve periodo, cuando habría podido conseguir un refugio apaciguador y, sin duda, una vía de salvación. Y sin embargo, la presencia física de Scholem al lado de un hombre tan a menudo desamparado ante los repetidos golpes de la existencia hubiese podido ser un serio antídoto para esta tendencia catastrófica. No lo será: a pesar de una intensa correspondencia, en veinte años, los dos amigos sólo se verán unas pocas semanas, que pasaran destrozándose, con la esperanza de resolver las querellas acumuladas durante demasiados años.

Por lo que al amor se refiere, su vida seguirá siendo un enigma impenetrable. En principio no cree en él, o quizás cree demasiado. Su relación con las mujeres se desarrolla desde el ángulo de los deseos imposibles. Propiciará situaciones inextricables, relaciones triangulares, amores desgarrados y corazones inconquistables. Una especie de método infalible para asegurarse la soledad y el abandono. Benjamin es un hombre profundamente solo y melancólico. Perfectamente consciente de vivir en un mundo atravesado de parte a parte por la muerte, nada le será ahorrado. Pagará un alto precio: amistades que se rompen, amores que lo rechazan, instituciones que se cierran, creencias que se desmoronan, todo ello con el trasfondo de la catástrofe mundial que vio venir antes que nadie. Sin lazos afectivos e institucionales, desarrollará este impulso viajero que le llevará a recorrer toda Europa, de norte a sur, de este a oeste. En los momentos detenidos por el descubrimiento de tierras nuevas encuentra un poco de sosiego, en especial en las islas (Capri, Ibiza, las costas danesas). La Biblioteca Nacional en París también jugará este papel de protección insular. Los viajes y la lectura: dos enclaves que le protegen de los tiempos sombríos, antes de que vuelvan a la carga las malas noticias del mundo.

En el ámbito de la política, las cosas no serán más sencillas. Consciente de la necesidad de cambiar radicalmente el orden social dominante, se mostrará incapaz de mantener hasta el final sus compromisos. Las caóticas relaciones con

su maestra «soviética», Asja Lacis, muestran hasta qué punto es *incapaz para la política activa*. Ella lo atacará violentamente y le obligará a reconocer que no se puede comprometer, de ninguna manera, que no puede adherirse a ninguna causa por justa que sea. Ya se trate de la reforma escolar, del proyecto sionista o del comunismo, de hecho, el no se puede comprometer completamente dada su lucidez sobre los límites de cualquier proyecto de transformación de la sociedad. Ciertamente, su compromiso militante de juventud se saldó con un fracaso traumático. Escaldado, humillado, condenado durante sus combates por el Movimiento de la Juventud, Benjamin comprendió que las ideas se quiebran peligrosamente al ser usadas por los hombres. Incluso Gustav Wyneken, el maestro incuestionado que supo dar forma a su rebeldía y a su deseo de cambio, cayó en el bando equivocado al declararse partidario de la guerra en 1914. Veinte años más tarde, el traumatismo permanecía igual, y se revelará incapaz de participar en los acontecimientos, sea cual sea la cuestión, hasta el punto de que los emigrantes alemanes de París sospecharon que podría pasarse al enemigo dada la falta de una posición claramente definida. En verdad su pensamiento se mueve continuamente y no puede fijarse ninguna posición dogmática.

No podemos cerrar esta letanía de fracasos y dificultades sin evocar la figura decisiva de Fritz Heinle, seguramente el hombre más importante en la vida de Benjamin. Sentía por este joven poeta una admiración sin límites, acompañada de una relación afectiva exacerbada y de mutua identificación. Heredero de Hölderlin y de Baudelaire, era ese *alter ego* que despierta el pensamiento y hace que se revele a sí mismo. En los años treinta, Brecht jugará este papel de partero fraternal, pero nunca llega a reemplazar completamente a este fantasma irremplazable. Cuando estalló la guerra de 1914, Fritz Heinle y su compañera se suicidaron con gas. *Ese día, Benjamin murió por primera vez*. Con la desaparición del amigo, y la interrupción brutal de ese diálogo entre poesía y filosofía, la existencia se desmorona. La vida posterior, una supervivencia de hecho (quizá cabría decir una prórroga), quedará prisionera del espectro de la anterior.

Después del trauma de la Primera Guerra Mundial, la catástrofe se prolonga sin la menor tregua hasta la campanada de 1933. Cuando Hitler llega al poder se impone el exilio, y Benjamin lo comprenderá de inmediato. Siguiendo los consejos de su amiga y confidente Gretel, la mujer de Adorno, decide emigrar a París. Pero, paradójicamente, la Ciudad de la Luz se convertirá en una terrible ratonera, dispuesta a atrapar a su presa. Le costará siete años aplastarlo, pero se tiene una percepción muy clara de que, desde 1933, el exilio parisino es un callejón sin salida, una luz cegadora que lo paralizará y le impedirá cualquier tipo de decisión realista de cara a su supervivencia. Mucho antes de su suicidio, su vida se desarrolla ya como una lenta deriva hacia lo inexorable, precisamente porque su vida es, de un extremo al otro y desde su comienzo, una única catástrofe que acumula ruinas sobre ruinas, fracasos, decepciones, reveses, traiciones, renunciaciones y palabras incumplidas. Los últimos años de su vida en el exilio se-

rán especialmente sombríos: pobreza, exclusión, soledad afectiva, salud frágil, aislamiento intelectual, desautorización teórica por parte de sus compañeros intelectuales, humillaciones repetidas, internamiento en un campo de trabajo francés en Nevers, infierno administrativo para conseguir los visados para viajar a América, debilitamiento físico y psíquico, incluso el corazón empieza a fallarle en 1939, y después el trago final, la huida a pie a través de los Pirineos, para llegar a América, *cruzando* España y Portugal. Rechazado por la policía de frontera española, el 25 de septiembre de 1940, se suicida con morfina durante la noche para evitar una situación aún peor: si al día siguiente lo entregaban a los gendarmes franceses, sabía que lo mandarían con toda seguridad a un campo de concentración, esta vez alemán, y no francés.

Hasta su muerte, Walter Benjamin se ha visto dramáticamente atrapado en esta insoportable situación de la víctima paradójica, que en todo momento puede recuperar la palabra y que, sin embargo, no sabe cómo hacerlo. ¿A qué precio? ¿Y con qué condiciones? Afirma claramente que esta palabra recuperada no puede advenir mientras esté vivo —ya había escrito textos fundamentales para teorizar este axioma: *una palabra viva sólo encuentra su verdad mucho después de la muerte*. Necesita morir para renacer realmente, en el momento decisivo de su despertar, el cual no puede ser programado de manera voluntarista. Para quien, como yo, escribe la biografía de Walter Benjamin, este indicio es crucial: resulta imposible ceder a la más mínima tentación de empatía. El hombre cuya historia estamos presentando nos otorga una clave excepcional para narrar mejor su vida. Es decir, rompe con la lógica dominante que quiere que la historia sea expuesta siguiendo el modelo mitológico. La vida de Benjamin, en cada uno de sus capítulos, escapa a todo tipo de narración legendaria. Al seguirla paso a paso, mes a mes, día a día, sólo leemos un nueva manera de descodificar la existencia de un hombre. Nada se le escapa a este escáner que prohíbe cualquier tipo de mitología.

En las páginas que siguen se persigue como único objetivo mantenerse a la altura de esta vida fuera de lo común, compartirla en lo que es: a la vez simple, hacia atrás, y sin embargo absolutamente decisiva para quien intenta abrirse un camino en el tupido matorral de sus textos. Escribir la biografía de un hombre como éste obliga a afrontar, sin eludirla, esta pesada contradicción: si queremos elaborar una *auténtica* introducción biográfica al pensamiento de Benjamin ¿deberemos hacer *como si* su trayectoria filosófica autorizase la tarea biográfica, cuando, desde sus primeros escritos, Benjamin no ha dejado de prohibir la explicación de una obra a partir de la biografía del autor? Con dos ejemplos célebres: su crítica demoledora a la biografía de Goethe realizada por Gundolf, y más tarde, con la misma virulencia, criticando la biografía de Kafka hecha por Max Brod. Y si decidimos ignorarlo y escribir *a pesar de todo* su biografía, ¿deberíamos darle forma de libro, un formato que Benjamin trató de dinamitar a través de toda su obra? ¿El propio proyecto de una biografía no se asemeja a

una forma sistemática, a una exposición introductoria que declara la coherencia y la legibilidad global de su trabajo? Al aceptar la exposición de su pensamiento bajo tal forma biográfica ¿no corremos el riesgo de atraparlo en una forma y un espacio que el autor siempre ha rechazado? ¿La biografía no corre el riesgo de convertirse en una traición? Afortunadamente, el propio Benjamin nos proporciona algunos elementos para zafarnos de esta aporía. Si la biografía no permite y no debe permitir jamás leer e interpretar una obra, no por ello ésta deja de hallarse potentemente implicada en los textos. Hay que ir más lejos: el relato de su vida, incluso si no aparece nunca explícitamente en sus textos (Benjamin se ufanaba de prohibirse incluso el uso del «yo» para escribir), en realidad se halla completamente codificada y cifrada en sus diferentes textos. Escribir la biografía de Walter Benjamin supone pasar por sus diferentes obras: *presentar los textos de Benjamin, permite anticipar la historia de su vida*. Para quienes estén preocupados por las cuestiones esenciales de nuestra modernidad, tal proyecto biográfico propone abrir un camino en una escritura que sólo proporciona unos pocos accesos, pero que se hace mucho más transparente en la medida que esboza un gigantesco *autorretrato continuo*.

Evidentemente, vida y obra mantienen en el caso de Benjamin un lazo sutil. Ni autonomía pura, ni explicación causal, la obra y la vida se imbrican extrañamente, según una ley secreta que hace que la vida se esconda tras la obra. Escribir la biografía de Benjamin obliga a seguir una orden paradójica: contribuir a hacer entrar a los lectores en su obra, encontrar un hilo, aunque sea muy delgado, que detenga la deriva de la legibilidad, pero sin construir un edificio sistemático y reconciliador, falsamente equívoco y realmente falaz. Pues la obra de Benjamin es, y no puede dejar de serlo, un enigma con zonas oscuras no negociables. El objetivo de esta biografía consiste en producir *en y entre* los textos de Benjamin una narración que permita desentrañar el sentido de su existencia, sin que la presentación de este conlleve la anulación inmediata de lo que la biografía pretende presentar. De esta manera quedan expresadas la dificultad y la necesidad de este ensayo biográfico. El cual consiste, por tanto, en la lectura de los textos de Benjamin en un orden estrictamente cronológico, para mostrar que cada fragmento es un destello del espejo que él mismo ha escondido en ellos.

Curiosamente, es Theodor Wiesengrund Adorno quien nos incita a explorar esta vía, precisamente él, que, sin embargo, nunca defendió la pertinencia de la investigación biográfica. Evocando la figura del Benjamin «epistolar», escribió esta frase sorprendente, visto el desarrollo que seguirá: «Desde siempre, la persona de Walter Benjamin ha sido el médium de su obra».¹ La continuación del texto habla de un hombre completamente ausente de su propio cuerpo, «extra-

¹ Theodor Wiesengrund Adorno, Sur *Walter Benjamin*, París, Allia, 1999, p. 54.

ño a su propia *physis*», un hombre que tiene el aire de casi no ser una persona, «sino más bien un teatro en el escenario del cual se manifiesta un contenido que trata de acceder al lenguaje a través de él». Aunque la fórmula resulte seductora, se revela totalmente falsa cuando comenzamos a examinar de cerca lo que ha sido la vida de Walter Benjamin, a través del país, en las grandes ciudades, frente a los seres, sus amigos, sus amores, los jefes, los poderosos, los marginados, los poetas. En él todo respira cuerpo y experiencia sensible, es decir, sensual, que nutre una existencia rica en acontecimientos y actos teatrales. Un *escenario*, sí, pero un escenario de carne, vivo y lleno de emociones parlantes.

Decir que la persona de Walter Benjamin ha sido el médium de su obra no significa pues que éste haya desaparecido en su trabajo estrictamente intelectual, sino más bien que su vida ha sido el elemento matriz que lo ha hecho posible, y que ésta se ha ocultado en él, se ha evadido, se ha integrado. Literalmente, *Benjamin se ha escondido en sus obras*. Un clandestino de la vida, cuyo único pasaporte son sus textos, voluntariamente fragmentarios, siempre atentos a borrar las pistas, a extraviar al investigador y desconcertar a la policía, pero nutridos de todo lo que esta vida excepcional ha *visto*, mucho antes que los otros. Leer esta *vida en los textos*, apoyada en ellos, y completamente anunciadora de su advenimiento. La apuesta es considerable, las trampas numerosas y los obstáculos evidentes. Se trata pues de afrontar esta obra que se resiste, en más de un sentido, a la legibilidad, pero sin reducirla por ello a la facilidad de una lectura que siempre ha rechazado. ¿Tiene cabida en tal proyecto, que designamos con el nombre de *ensayo biográfico*, una fidelidad real a Walter Benjamin? ¿Podemos elaborar una visión general de este pensamiento sin tropezar en lo que éste ha rechazado siempre: la totalización y la extenuación en y por el sistema? Aún más, ¿cómo articular la explosión proliferante de este pensamiento, aprehender en él una constelación, una forma organizada, sin resolver inmediatamente esta multiplicidad en una *idea* que absorbe, pega y neutraliza la pluralidad infinita del mundo?

Frente a esta dificultad, quizás podamos comprender por qué el pensamiento de Benjamin no ha sido objeto, que nosotros sepamos, de ninguna aproximación introductoria, biográfica y sintética, en ninguna de las colecciones introductorias disponibles en la edición francesa². Si la idea de una introducción

² Para ser exhaustivos, hay que mencionar el excelente trabajo de Rolf Tiedemann, *Etudes sur la philosophie de Walter Benjamin* (Actes Sud), que también es presentado por el autor como un ensayo introductorio, pero cuya finalidad no es tanto introducir a la filosofía de Benjamin como al estudio de la comparación de ésta con la tradición filosófica occidental. También debe hacerse mención de la monografía de Bernd Witte, *Walter Benjamin. Une biographie*, en las Editions du Cerf, de una gran rigor conceptual, pero que progresivamente va adquiriendo rigidez por la obligación de intercalar el hilo biográfico con la exposición filosófica. Por lo que respecta a la magnífica «recopilación» póstuma de Jean-Michel Palmier, *Walter Benjamin: le chiffonnier, l'Ange et le Petit Bossu*, recientemente publicada

biográfica puede tener todavía algún sentido para este pensamiento, lo tiene únicamente si adopta la forma de un *ensayo*, es decir, asumiendo la voluntad de articular y enlazar la miríada de ensayos desconectados que se diseminan *para* hacer «obra». La introducción se convierte de este modo en el intento de articulación de un sentido en circulación, que se comunica en todo el espacio textual, sin por ello producir ese sentido como totalidad. No se tratará pues de revelar el sentido global de este pensamiento, y aún menos de exponer exhaustivamente un sentido para *cada uno* de sus componentes. Ni unidad de síntesis, ni dispersión, sino más bien el intento de presentar una lógica operando en la escritura constelada, una lógica que unifica tanto como dispersa, una lógica a la que ya podemos poner un nombre, anticipadamente, *lógica paradójica*.

La filosofía de Benjamin sólo se deja exponer e introducir bajo la forma del *ensayo*, esta forma que él mismo no deja de promover como *género* filosófico –aún mejor, como *el* género filosófico en sí mismo. Aquí, el ensayo remite al ensayo y prohíbe las premisas, primeros signos del sistema. ¿Con ello se debe entender que el pensamiento de Benjamin no admite, radicalmente, ningún desarrollo discursivo, ninguna posibilidad de discurso a partir de él, y por lo tanto ninguna biografía? Benjamin señala una pista que, lejos de liquidar esta cuestión, la relanza: realmente afirma que la acción teórica de la filosofía se precipita al abismo en el momento en que sitúa sus hipótesis en el *punto de partida* del sistema. Las hipótesis –y qué otra cosa son las exposiciones introductorias sino hipótesis (de lectura)?– pierden su naturaleza abisal en el momento en que dejan de situarse en el punto de partida del sistema, para «situarse en el centro de la teoría».³ El pensamiento de Benjamin desbarata en seguida la firmeza de una base fundadora. Se apoya sobre la única lógica que rechaza la idea misma de una base, de un fundamento, la lógica de la *paradoja* que precisamente desconcierta cualquier lógica. La paradoja se puede definir como aquello por lo que un pensamiento se sostiene, sin tender a nada más que a sí mismo, sin sustentarse en nada salvo en su propia falta de sustento, sin apoyarse en nada más que su no-decisión por una tesis o por su antítesis. La paradoja se decide por las dos *al mismo tiempo*. Esta es la razón profunda –porque su pensamiento no transigirá jamás con esta exigencia– por la que Benjamin se hallará tan a menudo en una

en las Editions Klincksieck, contine los materiales muy valiosos de una futura biografía, encadenados en una sucesión de capítulos temáticos, ordenados cronológicamente. Un texto híbrido, de una erudición apasionante, que estrictamente hablando no pertenece al género de la biografía, y que no está acabado. Estos tres libros, en cualquier caso han sido una verdadera brújula para la preparación de la presente obra. Con el fin de ser totalmente exhaustivos, recordaremos la *Petite Introduction à Walter Benjamin* que hemos publicado en la editorial Harmattan en 2001; sin olvidar la obra para escolares que Gérard Raullet ha dedicado a Walter Benjamin en la editorial Ellipses.

³ Walter Benjamin, “Sur le langage en général et sur le langage humain en particulier”, en *Mythe et Violence*, París, Denöel, “Les Lettres nouvelles”, 1971, p. 81.

situación de incomprensión, o lo que es lo mismo, de rechazo y de exclusión por parte de la comunidad intelectual.

La otra particularidad de su pensamiento consiste en que éste entrelazará de manera continua tres motivos que habitualmente son tratados por separado en los sistemas filosóficos, incluso en los pensadores que pretenden pensar desde el exterior de la lógica del sistema: el problema del lenguaje, y más específicamente la cuestión de la comunicación; el arte y el problema de su relación con la técnica; y la crítica de la historia y sus implicaciones políticas. Retoma estas tres problemáticas y parece dispuesto a inscribirlas en la estructura clásica de los filósofos contemporáneos. Puesto que los enlaza constantemente entre sí, Benjamin desconcierta y desarticula las concepciones tradicionales que determinan, en su tiempo, los conceptos de lenguaje, arte e historia. En su lógica, la comunicación no agota el lenguaje como médium; el arte no se opone pura y simplemente a la técnica; la historia, el verdadero pensamiento de la historia, no excluye imperativamente el campo de la política.

El rasgo polimorfo de este *trabajo* de la tradición nos señala una de las características esenciales de la trayectoria filosófica de Benjamin. Dicho sin rodeos, el *conjunto* de las experiencias y de los encuentros que ha podido tener se ha convertido en la base de su pensamiento. Abandonando la esfera del objeto que es digno de ser pensado, dará el gran salto, fuera de los círculos estrechos que asfixian el pensamiento, para salvar su propio saber. Y este gran salto marcará toda su vida, una vida sin referencias ni barreras, una vida de vagabundeos y de derivas, a la vez humanas, sociales e intelectuales. Con ello se comprende que las decisiones políticas y filosóficas que ha tomado de una vez por todas han marcado su destino, y éste le hará pagar un precio muy caro.

La escritura ocupa a Walter Benjamin durante treinta años, de 1910 a 1940. Treinta años de una existencia en la que, en todo momento, no ha cesado de luchar contra aquello que a su alrededor prohibía y suspendía cualquier forma de escritura, de huella, de palabra. Su obra nos manda incansablemente el eco de esa lucha, la experiencia de ese sufrimiento, atenazado por las dos guerras mundiales de nuestro siglo. La dolorosa historia de la Europa moderna es decisiva, tanto para la historia del propio Benjamin como para la comprensión que podemos tener de ella. No se trata de afirmar que la historia hubiese determinado causalmente la orientación de su obra. Ha sido en un sentido completamente diferente cómo la historia de la modernidad occidental ha trabajado el pensamiento de Benjamin.

Desde los primeros sobresaltos de la guerra, en 1914, y hasta su último aliento en 1940,⁴ su escritura trata, con auténtica valentía, de enunciar la his-

⁴ Para una exposición estrictamente biográfica de esta desconcertante existencia, remitimos a la obra de Bernd Witte, *Walter Benjamin. Une biographie, op. cit.*

toria y de abrirla a su sentido. Bajo todas las formas posibles de testimonio, rinde homenaje a todos los que van a morir por ella. El desastre programado que invade dos veces la Europa del siglo xx rara vez ha encontrado una mirada tan clarividente como la de Walter Benjamin, una luz capaz de medir con tal agudeza la magnitud y el tenor de lo que se tramaba. Ahora nos hace asumir la herencia de este testimonio, un texto profuso, denso, árido a veces, a menudo enigmático, un texto que nunca ha hecho ninguna concesión ante la verdad desnuda: no se contenta con describir el espectáculo que se ha organizado, tendrá el coraje de *mostrar al desnudo* el verdadero tenor que anima a la civilización y al proyecto europeo. Antes del horror de la Solución Final, antes del terror del rodillo comunista, su pensamiento ha penetrado con una precisión extrema el cariz inexorable que tomaría el curso de los acontecimientos europeos. De esta época, de este recorrido político, de este destino, nos queda un escritura, que hoy debemos honrar, por razones políticas también. Si hoy se nos impone responder *de* la obra de Benjamin, no es solamente porque debemos celebrar y apreciar su talento visionario. La temporalidad a la que aspira Benjamin no es el futuro, sino el presente: la aparición repentina en el mundo, tal como se nos presenta en nuestra cotidianidad, de un acontecimiento que compromete el porvenir. Su trabajo no se centra en mirar el futuro, sino aquello que en el presente reclama una posible transformación del porvenir. En estas condiciones, resulta fácil imaginar cómo este pensamiento apuesta por nuestra época.

Nuestra misión consiste en leer sus textos, descifrar en ellos su vida, para comprender mejor la nuestra. Desde hace medio siglo la urgencia de este trabajo se hace cada vez más urgente. Si la necesidad de leer a Benjamin ha adoptado la forma de una exhortación, es precisamente porque su obra aún no ha sido *legible*. Su lenguaje revela un nivel de elaboración muy alto, no tanto conceptual, como sucede a menudo en la filosofía, sino más bien *literario*. En ella, los conceptos no son caminos nuevos que se abaten y se injertan sobre la lengua ya hecha para purificarla y permitirle acceder a lo verdadero; más bien mueren en el seno de una lengua viva y llena de imágenes, conducida por un arte regido por la fórmula. Benjamin elabora su pensamiento cincelandó, con una paciencia infinita, destellos poéticos, frases concisas, compactas y fulgurantes, que chocan al principio por la opacidad que suscitan. Al igual que la *fórmula* producida por el trabajo de la ciencia, estos giros elípticos empiezan por petrificar al lector. Dada su opacidad y la condensación extrema que se muestra en ellas, sus frases llegan al extremo de enmascarar el sentido que las ha hecho posibles. Ante esta primera impresión, se trata de remontar el proceso genético a partir del cual el pensamiento ha podido emerger como fórmula. El encadenamiento de sentidos no se halla tanto más arriba del texto como por debajo de él. Cada momento del texto, antes que remitir a lo que lo rodea, surge como un punto proyectado a partir del flujo inmemorial de la literatura, como un fragmento que expresa la totalidad del mundo y de la historia abiertos por la escritura.

Otra particularidad de su obra, Walter Benjamin publicó muy poco en vida. En principio desconfiaba de la noción clásica de *libro*. En la tradición filosófica, el libro, en tanto que está asociado al sistema y determina su expresión, aparece siempre como el médium de la verdad. Benjamin sólo puede pensar la verdad a través del libro con la condición expresa de que esté desembarazado de todo aquello que lo ligue al sistema. El libro, por tanto, sólo puede subsistir transformándose hasta en su propia materialidad: será breve, fragmentario, sin jerarquía, y quizá incluso sin un final, o aún peor, sin inscripciones. Con Benjamin, el libro se convierte en *ensayo*. Esta transformación filosófica del libro no tendrá lugar sin chocar con la realidad socioeconómica de la edición. La voluntad de remitir continuamente el libro al trabajo, tanto en su forma como en su contenido, y la preocupación por replantear en términos nuevos la cuestión de la *forma* del pensamiento, tal vez permiten comprender las dificultades constantes y los repetidos fracasos de Benjamin en el ámbito editorial. Como si, al querer salvar el libro, o al menos alguna cosa del libro, tuviese que soportar el sacrificio de los suyos.

Así pues, la transmisión de las obras de Benjamin ha sido impedida por una relación como mínimo conflictiva con las instituciones de la cultura (autoridades editoriales, universitarias, literarias). E incluso en el interior del círculo, muy estrecho, de sus amistades intelectuales —en este caso, la Escuela de Frankfurt— serias dificultades, ahora de orden ideológico, retardaron y redujeron las oportunidades para difundir su obra. Llevado por un agudo sentido de la libertad, Benjamin supo desbaratar cualquier tentativa *de cerco* —lo que siempre le condujo al límite de todos los círculos. Su pensamiento nunca pudo ser el calco del rígido círculo de la ideología marxista, y menos aún de la trayectoria sionista de su amigo Gershom Scholem.⁵ Buena parte de sus artículos, víctimas de esta situación límite, fueron apartados en el momento de su publicación, antes de ser revisados y rectificadas para que encajaran con el espíritu del *Instituto para la Investigación Social* dirigido por Horkheimer y Adorno.

A la elaboración caótica de una obra marcada por numerosas cesuras y escrita bajo el signo del impedimento, incluso de la censura, le corresponde, de manera inevitable, para la posteridad, inmensas dificultades en la gestión editorial de los textos. No estando fijados de una vez por todas en el espacio y en el tiempo, por la voluntad performativa del autor, no son pocas las cuestiones que se plantean a quien asume la tarea de editar, para y contra todos, la obra de Walter Benjamin —especialmente cuestiones filosóficas relativas al estatuto, altamente problemático en este contexto, del concepto de autor. ¿Qué se debe publicar? ¿Qué versión? ¿La primera o la última? ¿En qué momento la auten-

⁵ Gershom Scholem ha dedicado un bello libro a su amigo Benjamin, un retrato íntimo y comprometido, *Walter Benjamin. Histoire d'une amitié*, París, Calmann-Lévy, 1981.

ticidad es la máxima? ¿Queda en ellos autenticidad? ¿Aún se puede hablar de cronología, hay que publicarlo *todo*, hasta los más ínfimos detalles, hasta las más pequeñas variaciones que parecen no tener sentido, es decir, ahogar el sentido general en la infinidad de la repetición? Tales dificultades de orden técnico, metodológico y filosófico, explican la tardanza en la publicación de las *Obras Completas* de Benjamin, durante los años setenta, en Frankfurt am Main. Debemos celebrar aquí el notable trabajo editorial realizado por Rolf Tiedemann y Hermann Schweppenhäuser en los catorce tomos de los *Gesammelte Schriften*. Y subrayar la valiente decisión del mismo editor, que acaba de publicar una gigantesca revisión en veinte volúmenes, con un espíritu más cercano al espíritu editorial de Benjamin.

Dadas las dificultades editoriales inherentes a su trabajo, Benjamin podría muy bien haber caído en el olvido. Después de la guerra, sus textos permanecieron en el ámbito de lo confidencial, leídos y seguidos por un puñado de fieles, entre ellos Hannah Arendt y Gershom Scholem, pero ausentes del debate intelectual durante más de quince años. Sin los esfuerzos combinados de todos los que comprendieron el carácter decisivo de su pensamiento y de su gran influencia sobre numerosos intelectuales europeos (empezando por Malraux o Bataille en Francia), los trabajos de Benjamin sólo aparecerían bajo la forma de reflejos o espejismos en los diferentes filósofos contemporáneos.

Las cosas han cambiado mucho. Su obra se ha difundido ahora por todo el mundo, sus intuiciones han «polinizado» extensamente, y esta biografía asume el desafío de ampliar nuevamente el círculo de sus lectores.



biografías

Walter Benjamin, filósofo, autor de *Pasajes*, de *Crónica de Berlín*, pasó su vida intentando comprender el mundo a través de los libros. Su obra es considerable en muchos dominios y, al mismo tiempo, fragmentaria. Su existencia también es fascinante. Pero como él mismo pensaba que ninguna vida, al menos la suya, podía ser interesante, para no traicionarlo, hay que contarla partiendo de sus escritos, y explicarlos, al mismo tiempo, por sus circunstancias biográficas. Amigo de Brecht y de Scholem, primo de Hannah Arendt, nacido en un medio burgués, Benjamin rompe muy pronto con su familia y, en los círculos intelectuales de Berlín, ve como su visión del mundo se opone a la delicuescencia de Weimar y después al ascenso del nazismo, que le forzará al exilio. Bruno Tackels relata la lenta deriva de este inmenso intelectual que no puede vivir sin su biblioteca y su transformación ineluctable en un personaje desarraigado, perseguido por el fascismo y abocado, finalmente, al suicidio. A partir de un trabajo monumental, basándose en documentación inédita, el autor se adentra en la biografía con una perspectiva muy personal: el libro se abre con una carta que le envía a Benjamin más allá de la muerte.